

## “Le voyage à Moscou” de Georges Duhamel

Hace años, bastantes años, estas tres iniciales que forman tan bien una palabra, «Lac», figuraron mucho en la prensa nacional. Estaban reclusas en una quebrada de un cerro, en silencio, pero no en reposo; porque nada sucedía de importancia que dejara de reflejarse en ese lago y no pasaba ningún vientecillo sin agitarle la superficie o removerlo, a veces, hasta el fondo.

Ahora, por especial concesión, vuelven al comentario de la actualidad con este juicio acerca de un libro escrito por Georges Duhamel sobre Rusia, un juicio personalísimo y lleno de interés en su punto de vista.

Estamos seguros de que los buenos lectores sabrán agradecersele y agradecerérselo.

**M**. Duhamel fué a Rusia y nos cuenta sus impresiones. M. Duhamel es doctor en medicina y novelista, autor de algunas obras dramáticas, de poesías y estudios críticos.

Antes de partir nos advierte que para un hombre que sienta algún interés por el hombre, un viaje a Rusia es, ante todo, una ocasión excepcional de meditar con provecho sobre las experiencias sociales, de cultivar su opinión sobre la conducta y el porvenir de la especie (pág. 9)... ¡Ah! ¡Ah!... He ahí grandes frases, después de las cuales conviene colocar un tocido de importancia: ¡He hem...!

M. Duhamel nos dice que fueron invitados él y su amigo Durtain por todo el mundo intelectual de Moscú, sin distinción de colores ni de opiniones y, con una ingenuidad interesantísima, nos agrega que cree incapaces a los rusos de engañarles y de preparar el escenario de modo que no pudieran ver en Moscou sino lo que se les quería mostrar (pág. 15). Tal vez M. Duhamel no ha leído el sugerente librito de Sokoloff: *Le voyage de Cachin et de Frossard à la Russie des Soviets*. Después de estas petulancias infantiles y pedanterías literarias no puede sorprendernos que a M. Duhamel le carguen las matemáticas, la estadística y las cantidades, que no comprenda que se vaya a Rusia a averiguar sobre las consecuencias *numéricas* del régimen bolchevista; eso es, para él, cosa inútil e impropia de un gran observador.

Me siento realmente incapaz de servirme de esas computaciones esterilizantes. Pero mirar a un hombre en la cara, apretarle la mano en silencio, sorprender el despertar de su sonrisa, vigilar la pequeña arruga que, a veces, se ahonda en la comisura de los labios, he ahí lo que me interesa, ese es mi placer, mi cosecha» (pág. 18).\* «Solo, con mis pensamientos madurados, pulidos, sin descanso corregidos por los viajes, por la frecuentación de múltiples sociedades humanas, por la soledad, por las decepciones, por el trabajo» (pág. 19).

Con estas tonterías literarias quedamos enterados que M. Duhamel, como tantos otros literatos metidos a sociólogos, como Wells, Barbusse, Rolland, France, etc., etc., no quiere saber nada de estadísticas ni de números; le basta su intuición, su clarividencia para apreciar la importancia de los fenó-

---

\* M. Barbusse, por su lado, en *Les Bourreaux* dice, refiriéndose a los reos de Talar-Bunar, en Rumania: «Acabo de ver el apretado rebaño de los acusados; he visto sus fisonomías bondadosas y apacibles, su aire candoroso y desgraciado. Uno de ellos lleva anteojos; es, tal vez, uno de los profesores. Los demás son aldeanos acomodados, que parecen atemorizados y fuera de su centro y que no tienen traza ni aspecto de conspiradores» (pág. 288). M. Barbusse, otro novelista metido a sociólogo, juzga, pues, la inocencia o la culpabilidad de los acusados por su aspecto. Con razón dice Ariceano (*Aux frontières du bolchevisme*, pág. 89): «Todos los que cometen infracciones tienen el aspecto descrito por Mr. Barbusse. Los instigadores y los revolucionarios, en cuya fisonomía esperaba (M. Barbusse) ver el valor de la responsabilidad y el orgullo de la convicción revolucionaria, una vez apresados, adoptan los modos y el aspecto que ha visto M. Barbusse».

menos sociales. Que de esta suerte el juicio que M. Duhamel emita sobre el régimen bolchevista pueda ser informado por un prejuicio, es cosa que no le pasa por la mente; ¡qué esperanza! Tiene una seguridad ciega en el poder informativo de la *soledad* de sus propios *pensamientos madurados* en los *apretones de mano silenciosos*, en la *sonrisa furtiva*, en la *arruga sorprendida* por él, vigilante observador.

El viaje de M. Duhamel se redujo a ver Moscú, Leningrado y uno que otro pueblecito, en fugaces y agradables excursiones; pero por los antecedentes que acaban de leerse, se comprenderá fácilmente que el viaje de M. Duhamel no nos enseñará nada de nuevo. ¿Qué puede importarnos que vaya a Rusia a apretar manos en silencio, a observar arrugas, a destapar sonrisas y, apoyado en tales documentos, vuelva a París a contarnos lo que sus pensamientos, madurados en la soledad, iluminados por el trabajo y por las decepciones, han cosechado? Todo esto se parecerá más a una *novela* que a un *estudio útil* y es, precisamente, a esto a lo que viene a quedar reducido todo el libro de M. Duhamel. Su pensamiento, disciplinado por la *experiencia de los viajes*, por la *frecuentación de múltiples sociedades humanas* y por otras charlatanerías de la misma naturaleza, llegó a Rusia inclinado a encontrarlo todo, si no bueno, disculpable y prometedor. El afán de originalidad que martiriza a los literatos, impulsó a M. Duhamel a no ingresar al coro de los críticos del régimen bolchevista. Convenía más a su índole campear por su cuenta y, ya que no era cuerdo ni sano constituirse en defensor de un régimen combatido por el razonamiento y la experiencia, idear excepciones, imaginar atenuantes, disertar sobre sublimidades sociológicas y profundidades proféticas y así hacer vibrar una nota original de elevada tonalidad filosófica. De esta suerte, el literato acentuaba su personalidad independiente y característica. Este noble afán de individualizarse, de aristocratizarse, es una tendencia simpática y de inmenso valor social; pero conviene no servirla propagando sandeces perjudiciales o doctrinas peligrosas.

• • •

Vamos al caso. En la página 206 dice M. Duhamel:

El aborto legal (sic) guarda, aun en los escritos de los propagandistas revolucionarios, algo de terrible y de agresivo que me ha sido siempre antipático. Sin embargo, el hecho de encargar únicamente a los practicantes aceptados el cuidado de aconsejar (\*) y de disuadir primeramente a las mujeres o de operarlas correctamente, en seguida, si ellas persisten en su propósito, parece que no ha dado tan malos resultados. No se podría decir que este método extraño haya, en Rusia, perjudicado a la moralidad pública ni siquiera debilitado la sorprendente vitalidad de esta nación que aumenta, ¡cifra prodigiosa!, en tres millones al año, si se cree lo que dicen los datos demográficos. Es posible que esta práctica (la del aborto legal) destierre de la vida cotidiana una de las más dolorosas mentiras y una de las más vulgares tragedias.

¿Qué tal? Para el novelista Duhamel, las vergüenzas sexuales de la vida cotidiana pueden ser corregidas creando el aborto legalizado. ¡Podría aplicarse esta doctrina a todas las porquerías de la vida individual y social, y tendríamos una tesis digna de ser tratada por estos literatos modernistas que, con más o menos empaque, presumen de sociólogos reformadores!

• • •

Hablando de la expropiación brutal, y sin compensaciones, de las grandes propiedades y, especialmente, de la mansión feudal de los Trubetskoy, dice Duhamel (pág. 54):

No acepto sin discusión tal sistema de expropiación por lo que encierra de violencia arbitraria; pero, al mirar ese castillo espléndido y las pobres chozas de madera de las cuales surgió toda esa riqueza (¡la mastraca!) no considero, en este caso, injusto el procedimiento y lo acepto con toda mi alma y con toda mi conciencia. Por otra parte los franceses, tan orgullosos con su revolución, no pueden olvidarse que uno de sus actos esenciales fué la nacionalización de las grandes propiedades. Lo que me subleva es la destrucción, no la distribución

---

(\*) Soy yo quien subraya.

*razonable*\* de los inmensos bienes con los cuales no sabe qué hacer un solo hombre. Que se tomen esas riquezas y que se las reparta, puede ser *legitimado*; pero que no se quemé nada, que no se rompa nada, que los árboles y las flores continúen creciendo en paz, que las estatuas queden en pie, que cada objeto sea respetado, cuidado, que llene su destino.

Pero M. Duhamel no se preocupa de que el señor Trubetzkoj sea cuidado, respetado, en su calidad de propietario, que quede en pie, llene su destino. El heredero de una familia que ha sabido crear, cuidar, aumentar sus haberes, no tiene ningún derecho, es un explotador de los que formaron esa riqueza y que viven en las pobres chozas que rodean el palacio. Su destino, según la sociología demagógica de M. Duhamel es ser saqueado y sus riquezas distribuidas según la doctrina marxista de que sólo el trabajo crea la riqueza, el trabajo muscular, el trabajo igualitario, el esfuerzo primitivo del músculo que suda, según la economía proletaria, en la cual el capital, producto del ahorro, del sacrificio, de la habilidad, de la inteligencia que inventa, organiza, crea o dirige, esto es, el producto de todas las categorías nobles de la humanidad, nada vale, y debe ser balido sin tregua porque es un germen de desigualdades. ¡Es para irse de espaldas!

Así, de acuerdo con M. Duhamel, se le daría una estatua al jornalero Juan Boroff, y que la cuide; a Pedro Sureff un camellón de camelias, y que las riegue; a Carlos Petroff un cuadro de Corot, o un caballo, o un potrero; a la Natacha una batería de cocina, etc, etc. ¡La chuña *razonable* y *legitimada*!

Sin embargo, el mismo M. Duhamel (pág. 56) declara:

La propiedad no es una cosa que podría abolirse.

Tal vez; pero ¿podrá repartirse? Por lo menos, se entiende que, para M. Duhamel, es *razonable* que se *legitime* un saqueo amistoso y una distribución caritativa con la condición que se

---

\* Soy yo quien subraya.

garantice el cuidado de las obras de arte y de los árboles y de las flores. ¡Parece bromal!

En otra parte (pág. 57) dice M. Duhamel, en un arrobamiento seráfico, al hablar de Uskoié y de sus magníficos cuadros, de los cuales se incautó el gobierno maximalista:

Si los antiguos propietarios de Uskoié volvieran a ver su propiedad, creo que encontrarían intactos en la casa, en orden, muchos recuerdos de su pasado. Los muebles y los parquets brillan, los bronce también. Las pinturas murales parecen frescas, cosa rara en Rusia, etc., etc.

En realidad, esos propietarios saqueados no tendrían ningún derecho a quejarse. Se les ha echado de su casa a empellones; pero como los bronce brillan y las pinturas murales parecen frescas, serían unos imperlentes si protestaran.

El Barón sueco de *La vie parisienne*, cuya mujercita fué festejada, zarandeada y aprovechada por la banda de futrecitos elegantes de París, no tuvo tampoco por qué quejarse, y así se vió obligado a declarar, a su pesar, ante los argumentos tan estrambóticos y especiosos, como los de M. Duhamel, que, con todo desplante, le hacía la banda de galantes. Es lo que vulgarmente se llama tomadura de pelo. Todo esto es cómico, ¡cruelmente cómico!

Pero donde el candor literario de M. Duhamel es verdaderamente admirable es en sus críticas paternales y bondadosas a la censura de la prensa y, sobre todo a la institución del lavatorio común de los sabios en el hotel de Isekubú. A la declaración de la viejita que con la indispensable *sonrisa entristecida*, le sopla al oído:

Nos amábamos tanto en tiempos pasados, cuando no estábamos, como hoy, amontonados los unos sobre los otros (pág. 36).

M. Duhamel agrega:

El hotel del Isekubú me agrada, lo repito. Es apacible hasta la melancolía. La atmósfera moral se encuentra allí como saturada de inteligencia (pág 39 y 40). Y, sin embargo, en la página 43 dice: «El mundo intelectual ruso, en la

vispera de la guerra sentía, en conjunto, por el pueblo miserable, una profunda compasión mezclada de ternura. Esta ternura ha sido sometida (con la revolución bolchevista) a la prueba más desmoralizante, y la *Intelligentzia* ha descubierto con profunda amargura el malentendido que reinará siempre entre la clase cultivada, aún cuando sea bondadosa, y las muchedumbres incultas y desgraciadas.

La *apacibilidad melancólica* que transpira el lavatorio común de la casa de los sabios de Isekubú, la *atmósfera moral* \*

\* Sobre la moralidad del régimen soviético hay mucho que observar. Stefanoff, uno de los jefes que dirigen la campaña antirreligiosa dice: «Nuestro propósito no es hacer una reforma, sino destruir toda especie de religión y toda especie de moral» (citado por Ariceano *En las fronteras del bolchevismo*).

En consonancia con este propósito, pasan en Rusia, en el paraíso bolchevique, cosas tan sabrosas como éstas:

«Los bolcheviques, que no sienten sino un profundo desprecio por el recato burgués (han organizado una liga contra el pudor), poseen, sin embargo, una noción muy clara de la decencia soviética. Tanto los hombres como las mujeres, no trepidan en bañarse juntos, sin cubrirse por nada; pero, en cambio, se ocultan tímidamente para desnudarse. Yo he visto, tendidos sobre la arena, a hombres completamente desnudos, contemplando los juegos a que se entregan entre sí mujeres también desnudas y que experimentaban ante este espectáculo un placer extremado y, me atrevo a decirlo: *extremadamente visible*. Vi por mis propios ojos, a una Eva cincuentenaria y obesa, de pie en la playa, ocupada, sin ningún pudor, en conversar con todos los amigos que encontraba al mismo tiempo que acariciaba a una niña y a un niño, que miraban sorprendidos y con curiosidad los senos de la robusta matrona». (London «Elle a dix ans la Russie rouge, pág. 25). «Hace quince días visité una de esas escuelas al aire libre, que se encontraba situada en un bonito bosque en los alrededores de Moscú. Era una de esas numerosas clases mixtas en las cuales ninguna preocupación de pudor entorpece las exigencias de la curación por el oxígeno. Allí niños y niñas no tienen casi nada que ocultarse; así lo exigen las leyes bolcheviques sobre la cultura física. Se comprende, inmediatamente, que lo que constituye la base de la enseñanza escolar de los soviets es el desprecio por los convencionalismos burgueses... ¿La escuela mixta? Es su orgullo. La promiscuidad de sexos no envuelve, según el maximalismo ningún peligro» (Id. pág. 203-206). Un joven profesor, de rubia melena ondeada, habló de esta suerte a London: «El pudor y el impudor son palabras desprovistas de sentido, a lo menos en Rusia. Nosotros acostumbremos a nuestros niños a hacer abstracción de su individualidad y, sobre todo, a pensar en el papel social que les corresponde desempeñar en la comunidad. Poseen plena conciencia de su misión de ciudadanos y de ciudadanas. En realidad, nuestros niños poseen una conciencia tan completa de su función dentro del Estado, que sus instintos sexuales se encuentran refrenados. Ud. debe conocer a Freud, el gran filósofo vienés y su teoría de la psico-análisis y del *retroceso*.—Si le conozco, ¿y qué?—Pues bien, Freud sostiene que el instinto sexual puede hacerse retroceder, o, mejor dicho, puede ser *sublimado* por el instinto social, cuando éste ha adquirido un desarrollo suficiente» (Id. pág. 206). Y Geo London agrega: «Un simple repórter no puede contradecir a Freud; pero se le permitirá declarar que los mismos bolcheviques reconocen que muy a menudo las colegialitas rusas dan a luz



saturada de inteligencia, ¿no se encuentra, acaso, perturbada en el cacumen de M. Duhamel con la constatación del hecho eterno de que la vida social es una lucha de emulaciones, de que las clases hoy separadas por la cultura, por la educación, por las costumbres, por aspiraciones e ideales y, hasta por sus hábitos de decencia \* en el vivir y en el pensar, más que por la fortuna o por los apellidos, es una realidad tiránica contra la cual nada podrán todas las propagandas o revoluciones del mundo? La revolución bolchevique que con su confianza estúpida en el poder reconstructor de las masas \*\* abrió las puertas de las cárceles, estableció los soviets de las aldeas y de los campos sobre la base de los pordioseros (misereux) y vagabundos, que entregó las fábricas a los obreros, el ejército a los soldados, los campos a los jornaleros, que rebajó todos los valores sociales a la menor medida, que destruyó las categorías de todo orden, etc., etc., ¿puede cantar la victoria de haber terminado, razonable y fundamentalmente con los antagonismos que son la base y la condición de toda vida social?

• • •

M. Duhamel se extiende deliciosamente sobre lo poco que ha podido, o que ha creído, encontrar de ordenado y de atractivo en el régimen maximalista, pero guarda el más discreto silencio sobre las crueldades de la Cheka, sobre la situación

---

futuros colegialitos, cuando olvidan usar las ventajas que proporciona la ley sobre la libertad del aborto. (Id. pág. 207).

Sobre la práctica de la mentira, de la crueldad, de la hipocresía, sobre la falta de honradez, etc., etc., no vale la pena disertar. El no reconocimiento de las deudas públicas, la Cheka, la casa Arcos de Londres y muchos otros acontecimientos similares revelan cuál es el tono de la moralidad bolchevista.

\* Leer sobre este tema las importantes disquisiciones de Efferts en las páginas 497 a 502 de su libro *Les antagonismes économiques*, Paris, 1906.

\*\* Esta ilusión que, como es sabido, se apoderó de la baja mentalidad de Lenin, constituye, en la ramificación del orden social, una de las perturbaciones místicas más peligrosas del romanticismo. Actualmente padece el mundo una recrudescencia romántica cuyas peores manifestaciones en el orden pasional, estético y racial no han conseguido abrir los ojos de muchos políticos e ilusos para quienes las muchedumbres de hoy poseen la bondad natural y primitiva que se les atribuía a los salvajes en la época de Rousseau, La tesis del poder reconstructor de las masas es una consecuencia de ese error romántico.



del trabajo agrícola, sobre la miseria del proletariado, sobre el hambre permanente, sobre la desorganización de la familia, sobre las muchedumbres de niños abandonados, sobre el fracaso de la instrucción, etc., etc.

¿Por qué M. Duhamel no nos dice nada sobre la instrucción pública bolchevista? ¿Por qué no nos cuenta algo sobre la situación de los obreros en ese dichoso país, gobernado por la dictadura del proletariado? El índice de la vida era de 132.7, en Julio de 1927; en Agosto pasó a 159 y, después, a 157.2\* mientras que, los salarios, en la industria, son 8% inferiores a los de antes de la guerra. Como estos son datos estadísticos, M. Duhamel no para mientes en ellos y continúa desarrollando sus excusas y alabanzas a la revolución rusa, guiado por los apretones de manos, por las sonrisas o por las arrugas que cree sorprender ingenuamente en sus frecuentaciones de las *múltiples sociedades humanas*.

¿Y la familia?

Alejandra Kollontai, embajadora en Noruega y en México y Egeria del partido comunista, dijo:

La familia es el marido y la mujer unidos entre ellos y separados de la colectividad. ¿Tenemos, acaso, necesidad de eso? Evidentemente, no.

y Mr. Savalier, de cuyo libro *La Russie bolcheviste vue à travers ses lois*, tomo estos datos, declara que

los congresos comunistas acentúan más aún estas ideas. En uno de ellos se declaró: «Ninguna evolución será posible mientras la familia y el espíritu familiar existan... La familia es una institución burguesa inventada por la Iglesia... Es preciso destruir la familia... Para que la revolución tenga éxito necesitamos de la mujer, y para contar con ella es necesario separarla de su hogar, destruir en ella el sentimiento egoísta e instintivo del amor maternal... La mujer no es sino una perra, una hembra, si ama a sus hijos» \*.

---

(\*) Citas reunidas por Kologrivof, *El matrimonio y el divorcio según la legislación soviética*, pág. 439.

Todo este ramillete de insanias ¿formará parte de aquello que, según M. Duhamel (pág. 246), la revolución rusa «nos ha traído de grande, de durable, de sano?»

Por fin, M. Duhamel nos expone una teoría sobre la Revolución permanente:

Tal es la suerte de las revoluciones—nos dice en la pág. 222.—Apenas han triunfado, ven crecer en su seno los gérmenes de la revolución futura.

Es el cuento del gallo pelado.

Así—continúa M. Duhamel—la vida se defiende sin cesar contra el envejecimiento y la inmovilidad.

De suerte que para el novelista M. Duhamel la vida necesita la revolución permanente. La única manera de garantizar el rejuvenecimiento y la movilidad de la vida es llevarse en continua actividad revolucionaria. ¡Hágame Ud. el favor! Algunos por allí creen que, para que la vida se desarrolle y se rejuvenezca, se necesitan paz, orden, tranquilidad. ¡Macanas! nos responde el novelista-sociólogo M. Duhamel. La vida necesita revolución, como en Rusia; concluida, una revolución comenzada otra. No hay que dormirse para que la vida se rejuvenezca.

Por otra parte, M. Duhamel declara que la Revolución rusa se ha impuesto con la fuerza de los cataclismos inevitables. Unos la empujan, otros la combaten sin que merezcan ni la aprobación ni la reprobación del flamante sociólogo. Aquel a quien comprende mejor M. Duhamel, porque es el más querido, el que está más cerca de su corazón,

es el sabio que, solitario, sobre la arena de la playa, piensa: «Nadie impedirá que el mar suba, pues su momento llegó, pues una fuerza que viene de lejos lo hincha y lo levanta. ¿Qué podemos hacer para detener esa ola terrible y para salvar de su choque enfurecido lo que aun merece vivir?» (pág. 235).

¿Lo que debemos hacer? Pues no cruzarnos de brazos, sino oponer a esa fuerza que viene de lejos y que destruye, otra

fuerza que venga de más lejos, o de más cerca, la distancia no hace al caso, aunque sea una linda figura literaria. Por supuesto que no es esta la actividad que agrada a M. Duhamel; por el contrario, ante la revolución metafísica que él estudia y, en especial, ante la revolución comunista, su espíritu se sublima y vaga por encima de los acontecimientos y de las realidades en delicado contacto con las facultades proféticas que rigen el destino misterioso de las sociedades humanas.

Como individualista que es y quiere seguir siendo, reconoce que la revolución rusa necesita muchas correcciones; pero termina declarando:

Si el comunismo, en muchos puntos, me hiere y me repugna, me inclino, sin embargo, ante *La Revolución\**; la acepto y la saludo (pág. 245).

M. Duhamel es el místico de la Revolución, de cualquier revolución, de todas las revoluciones aunque sean unos disparates y unos cataclismos, pues la vida, con ellas, se rejuvenece y no se inmoviliza. En todo caso, en lo que se refiere a la revolución rusa, es necesario aceptarla como un hecho consumado y no lamentarnos vanamente; sepamos reconocer lo que ella nos ha traído de grande, de durable, de sano (pág. 246).

El individuo le parece a M. Duhamel,

hasta nueva orden, sin grande influencia sobre las leyes profundas que determinan la evolución de la humanidad.

¿Es esto fatalismo? No, por cierto; es solamente la aceptación estoica de las cosas que no dependen de nosotros y el deseo de adaptarse, inteligente y prudentemente, a fenómenos cuyo origen y porvenir apenas nos es dado comprender. (pág. 251).

Pero digo yo, ¿es una adaptación o una cobardía vergonzosa, una abulia peligrosa, el someterse *inteligente y prudentemente* a fenómenos cuyo *origen y porvenir* no se cree comprender? Y aun cuando no comprendamos mejor el *origen y el porvenir* del comunismo como no comprendemos enteramente

---

\* Soy yo quien subraya.

los de la fiebre amarilla o del bery-bery\* debemos, por eso, *¿inteligente y prudentemente* adaptarnos al comunismo y a las epidemias en vez de combatirlos? No está malo, para lucir erudición, usar una narigadita de Hegel; pero conviene no cargar tanto la mano.

En resumen: M. Duhamel no acepta el comunismo aunque todo su libro no ha sido escrito sino para disculparlo, para engrandecerlo y, lo que es peor, para vincularlo a las necesidades del proceso vital; para ello imagina la curiosa teoría de la revolución permanente necesaria y sostiene la tesis de la oportunidad lógica del cataclismo bolchevique. No es cosa rara la falta de sentido común y el abuso del tinterillaje literario entre los novelistas aficionados a las meditaciones sociológicas.

\* \* \*

En lo que puede interesar a Francia, dice M. Duhamel en la página 258:

Yo no creo que Francia esté expuesta a una revolución comunista inminente. Audaces reformas pueden aun retardarla por largo tiempo; pero si las potencias financieras no se resuelven a arreglarse con las muchedumbres, si, desdeñando el examen de los acontecimientos, etc....., entonces el comunismo intervendrá para imponer por la violencia su orden implacable, su ley de hierro.

Ya lo saben los potentados del dinero: hay que arreglarse con las muchedumbres, hay que apurarse a tratar con ellas. ¿Sobre qué base? «Sobre justas concesiones» nos agrega M. Duhamel. Pero, ¿cuáles serán esas concesiones justas?...

Nos quedamos esperando que M. Duhamel, en otra novela sociológica estilo Wells, nos lo diga. Será cosa entretenida leer vulgaridades o simplezas escritas en estilo elegante, con bellas imágenes, con frases sonoras. La música literaria hace pasar

---

\* En realidad, comprendemos suficientemente, por lo que a nosotros interesa, el origen y el porvenir del comunismo como el de la fiebre amarilla y del bery-bery.

siempre un rato agradable; pero no hay que tomarla a lo serio.

Por lo pronto, conviene saber bien y firmemente, clara y definitivamente, que la revolución comunista es una rebelión del hombre salvaje contra el hombre civilizado, que es la vuelta a la bestialidad primitiva y que, lejos de haber en el bolchevismo algo de grande, de durable, de sano, lo único que sirve en él es lo que aun queda de la civilización que pretendió destruir. Geo London dice con razón:

Con todo, el repórter (es decir: Geo London) ha comprobado en todas partes que, si algún progreso ha sido realizado en tal o cual campo por los bolcheviques, ha sido, en cada caso, a costa de un renunciamiento de la idea fundamental comunista; el comunismo estaría ya oleado, sacramentado y enterrado si, en su realización, se hubiera reducido a la estrecha concepción de su propia doctrina. Lo poco que ha sido realizado en Rusia en los campos de la higiene y de la previsión social, hubiera podido ser hecho, como lo ha sido en otros países y, notablemente, en Francia, sin trastorno, sin la ruptura de todo el edificio social. En cambio, el comunismo ruso, para mantenerse, ha tenido que recurrir a todo el sistema de ofensiva y de protección que, con tanta acritud, reprocha en las naciones burguesas que le conservan. Fustiga el militarismo de sus vecinos y él lo ha instalado en su país, formidable, omnipotente, inquietante. Las clases privilegiadas, el viejo sistema de oligarquía y de policía, cuyo desaparecimiento canta alegremente Chicherin, ha sido reemplazado por otras clases privilegiadas y, puede decirse, también, por otros sistemas de oligarquía. Si el zarismo y la *Ojrana* han desaparecido, existen hoy, Stalin, la *Cheka*, el Comité central del partido con el *Guepeú*. Si no hay burgueses, hay altos funcionarios, obreros calificados, intelectuales fieles a la causa bolchevista, los parásitos (embusquês) de los soviets de obreros, todos opíparamente remunerados y disfrutadores de privilegios \*. En fin, si ya no hay *boyardos*, hay *kulaks*. Lo que ha sido destruído es la familia, el hogar que da un fin y un sentido a la existencia y la libertad que la hace más digna y más atrayente (pág. 250).

El libro de M. Duhamel, pues, no nos enseña nada de provecho; más aun, es perjudicial porque perturba el criterio. Es conveniente desconfiar de los novelistas. Todos ellos, quien más

---

\* Puede agregarse, también, la guerra al capital privado reemplazado por el capitalismo de Estado, esto es, por un solo capitalista, el menos capacitado para adquirir y conservar

quien menos, tienen una irresistible tendencia a deformar las realidades, a creer en ficciones, a razonar con chistes o paradojas. Como artistas, ven las cosas a su modo. Si las realidades sirven de base a sus ficciones, concluyen por creer en que éstas existen realmente. Rousseau vivía con sus *habitantes* y estas creaciones de su propia imaginación llegaron a poseerle completamente; conquistaron su espíritu descontento y amargado, y le engañaron. Para el artista, pues, las cosas no son como son, sino como él las ve. Siente una antipatía instintiva por el hecho en sí. Decora la realidad, la colora, la alumbra con los fuegos de su fantasía; pero, a la vez, y por consiguiente, la deforma. La petulancia con que cree en la realidad de sus ficciones es tan poderosa que uno, O. Wilde, sostuvo que la naturaleza imitaba la obra de arte \*. En verdad, la idea de Wilde no es, precisamente, que la naturaleza modifica sus formas y altera sus leyes para adaptarse a las creaciones del artista; Wilde es inclinado a jugar con la paradoja y el chiste y se complace en oscurecer sus ideas para darse el placer infantil de sorprender al lector. Pero, de todos modos, Wilde reconoce, y es lo que a mi argumentación interesa, que «ningún gran artista (cualquier artista) ve las cosas tales como son en realidad. Si las viese así, dejaría de ser artista» (pág. 60).

\* \* \*

Conviene, pues, estar prevenidos y, lo repito, no tomar a lo serio las opiniones de los literatos metidos a sociólogos, a psicólogos o a sabios, funciones a las cuales, desgraciadamente, y con supina petulancia, se creen preparados. Su facundia les embriaga y, lo que es peor, fascina y engaña a las multitudes ilusas, impacientes o irreflexivamente amigas de lo nuevo. De esta suerte, en el orden de las ideas, dan alas a una crítica

---

\* «Cyril.—¿Entonces la Naturaleza sigue al pintor paisajista y saca de él sus efectos?—Vivian.—Ciertamente...» (O. Wilde.—*Intenciones*; trad. Gómez de la Serna).

desordenada de las instituciones esenciales y producen un sentimiento de desconfianza inconsulta de las leyes que han precedido a su aceptación. Esos literatos, por fin, son un peligro para la estabilidad de las sociedades cimentadas y organizadas sobre disciplinas lenta y tesoneramente adquiridas por el esfuerzo histórico de la vida que evoluciona y se adapta guiada por la experiencia e iluminada por el razonamiento.